

DOS DISCURSOS

Discursos parlamentarios del DR. RAFAEL CALDERA
con motivo de los hechos del 27 y 28 de febrero y
1º de marzo de 1989 y del 4 de febrero de 1992

PROLOGO

Luis Castro Leiva

Dos veces se ha perdido la República ante nuestros ojos. Dos veces la palabra pública ha sido prodigada al viento. Dos veces en medio del ruido de las palabras una sola voz encontró su gravedad ajustada a la propiedad de las circunstancias, la verdad unida a la urgencia, la razón dentro de la historia. Nunca antes en su pasado reciente había la República solicitado tanto de una vez y obtenido tanto a cambio. Habló bien y rectamente el Presidente Caldera, dijo lo necesario, dijo lo suficiente.

¿Qué es el discurso político? Un modo de discurrir para decir y hacer con el decir lo bueno o lo malo, lo justo o injusto, lo verdadero o falso en la historia. Un modo de argumentar sobre la cambiante fortuna de los sucesos en medio de las pasiones y acciones humanas. El empleo de la Razón para razonar y persuadir sobre los dominios de la urgencia e inventar el curso futuro de los acontecimientos. Pero ¿qué ocurre en una República Democrática cuando la palabra del Político no se empeña, cuando la lengua de los Magistrados es torcida, cuando quienes la conceden no tienen derecho a darla, cuando quienes hablan callan, cuando quienes la profieren vociferan, cuando quienes la abusan se desnudan en su inconsistencia moral? ¿Qué ocurre?

Sucede entonces que la República se muere con la Democracia, y ésta en aquélla. Ocurre que la Sociedad se desentiende de los asuntos públicos y aprende los poderes del cinismo o de la hipocresía.

Las personas se aíslan. Se amparan en la defensa de su egoísmo por efecto del desengaño. Que la Sociedad a través de su Pueblo cobija su ira, odia en silencio o se ilusiona con los errores del pasado. Peor aún, piensa de modo equivocado lo moralmente inaceptable: que la fuerza es el remedio para sus males, que hasta el magnicidio es excusable. Dos veces en breve tiempo hemos sido los venezolanos testigos de cómo nuestra Sociedad Civil y su República se despedazan. Nos vimos a nosotros mismos haciéndonos daño a nosotros mismos. Fuimos espectadores de nuestra vergüenza. Vimos sepultar lo que habíamos logrado levantar con tanto esfuerzo después de tantos años. La primera vez fue el 27 de febrero de 1989; la segunda el 4 de febrero de 1992.

En las dos oportunidades escuchamos al mismo coro de voces desfilar por la Televisión. Oímos el ruido de las palabras. Una retórica deshabitada por sus creencias morales constitutivas, animada por la ignorancia, arrastrada por la reiteración, urdida por el tedio y la fatiga. Artimañas de conveniencia, verbo sin empeño, confusión, desorden, anarquía. Los lugares de la memoria pública escenarios para comedia. Los símbolos políticos solemnes banalizados por la impostura. Peor aún, la palabra del Primer Magistrado improvisada, sin concierto ni ponderación, añorando aplausos de ruído taurino en lugar de la gravedad de la aquiescencia legítima y callada de la conciencia.

Entre tanto estruendo y desvarío, de pronto, desde el lugar de más digna memoria constitucional, desde el Congreso de la República, dando acaso postrer lustre a la sede de majestades

perdidas, emergió la cualidad de una voz, la del Político y de su Vocación, la del Orador: el Presidente Rafael Caldera, Senador Vitalicio de esta República democrática, habló a la Nación.

Se puede disentir de sus razones en estas dos piezas oratorias, que a continuación se reproducen; se pueden dar otras interpretaciones a lo expuesto en sus intervenciones. Pero una cosa está clara: entre todos los hombres públicos que han pedido la palabra o que han hecho uso de ella, sólo esa voz se ha tenido a sí misma como propia. Sólo ésa se pertenece a sí misma, sólo ella se apoderó de la conciencia de la República democrática y de la verdad de sus dificultades.

! El primer Discurso, sobre el 27 de febrero de 1989, sorprende por su claridad y prudencia en medio de la conmoción causada por las acciones y pasiones desatadas. Fue la Sociedad lo que cayó ante la desgracia de nuestros ojos. La vida cotidiana se deshizo. Las normas y convenciones, el Derecho, toda forma de Control Social exhibió impotencia, se hizo la anomia. Parte de nuestra moral social dejó de ser: la conciencia se hizo inconsciencia colectiva, los deseos y necesidades estallaron en un furor nunca antes visto por nosotros. Luego la Sociedad fue sembrada de muerte. ¿Cómo y qué dijo en ese entonces el Presidente Caldera a la Nación?

El discurso sobre esos sucesos se estructura de modo simple en una introducción y tres partes argumentales. Introduce situándonos en la gravedad de lo ocurrido, se duele del dolor y muertes causados, asume la responsabilidad de su palabra: nos dispone para pensar la hora. Exhorta a la Política a que canalice los sentimientos populares hacia actitudes cívicas. Y desde el inicio presenta el problema fundamental: que se vea la realidad tal y como ésta es en toda su complejidad, no como la ilusión de un ensayo que desea hacerla a imagen y semejanza de su tecnológica simplicidad.

En la primera parte, el Presidente aborda las relaciones entre Economía, Sociedad y Tecnocracia a la luz de la disolución social. Corrige el orden de las prioridades equivocadas. Precisa el significado de las percepciones sociales en juego. Economía y Sociedad, dice, no se excluyen, por lo contrario, se incluyen de modo necesario.

Desconocer el poder causal de esas implicaciones es efecto dogmático que delata ausencia de prudencia política fundamental. Imposible dejar de ver que sin Seguridad Social, sin vínculos institucionales estables de Solidaridad Social, el Liberalismo del Programa de Ajustes, del "Paquete", resultará en el fracaso de un "liberalismo a medias". El remedio anuncia así su enfermedad. La Sociedad es precipitada a su ruina. La Técnica económica sustituye a la Política y compelida por el monetarismo del F.M.I. convierte la eficiencia y buena fe de los mejores técnicos al servicio de la desestabilización democrática. Desprovista de percepción acerca de las creencias morales que tiene el sentido común de esta Sociedad, la Técnica compromete las bases de adhesión del sistema democrático. Tampoco, continúa el discurso, ha de aceptarse el argumento de la fatalidad de las medidas ni confundir ese carácter fatal con el problema distinto de su bondad, maldad, conveniencia o inconveniencia. Es decir, de su moralidad o utilidad. Propone el Presidente Caldera otra estrategia: administrar con justicia y honestidad el petróleo y atacar el problema de nuestra deuda externa. Concluye esta parte de su discurso con la frase que anunció el porvenir: "la democracia podía echarse por tierra".

En su segunda parte, el Presidente pondera el pasado. Recoge una experiencia colectiva. Emplaza con ella el rumbo escogido. Muestra el orgullo democrático que hizo de Venezuela ejemplo continental ahora roto por las formas más desesperadas de descontrol social. Revela el peso que injustamente debe asumir el Trabajo frente al Capital a expensas del trabajador. Termina ese primer discurso con un cuerpo de argumentos cada cual más relevante para iniciar en aquel entonces una rectificación: el significado del tipo de reflexión exigida por las circunstancias; la naturaleza del deber de dialogar; la definición del llamado al sacrificio solicitado por las medidas; la relevancia del Pueblo como Sujeto de la Democracia para concluir con una admonición. Veamos los efectos de no haber escuchado al Presidente Caldera a tiempo.

Primero, el Gobierno no supo o no quiso reflexionar: no midió consecuencias, no estudió conveniencia, siguió simplificando la realidad. Ha cosechado la inestabilidad arriesgada. Segundo, confundió la concertación con el valor de hechos cumplidos, olvidó el sentido del diálogo. Dialogar suponía razonar antes para después alcanzar la confianza racional de un consenso fundado. Tercero, menospreció la historia política contemporánea y el valor que ésta otorga al sentido de la moral en Política: no se puede pedir sacrificios si no se tiene autoridad para hacerlo. Cuarto, lo más importante, no se puede hacer la Democracia a espaldas del Pueblo.

El Gobierno olvidó la Razón, dejó de percibir la realidad, dos cosas simples indicadas por el Presidente Caldera. Tres años después Venezuela dio, como temiera el Orador en ese momento, "un traspie".

II El 4 de febrero, un día después del nacimiento del Mariscal Antonio José de Sucre, un grupo de Oficiales de nuestro Ejército quiso hacer suya la Constitución. La fuerza quiso pasar. No debió ser, no pudo ser. El Ejército constitucional asumió su responsabilidad para impedirlo. Una ironía cruel marca el episodio. Las Fuerzas Armadas que restablecieron el orden a un costo inmenso en vidas y dolor el 27 de febrero de 1989 expresaban ahora el clima de discordia que antes sofocaron. ¿Desesperaron en la comprensión de su deber? ¿Cómo explicar esta paradoja sin pensar en lo ya ocurrido? Pensar fue lo que no se hizo durante este segundo febrero. El miedo encarceló las mentes. Volvieron las voces a sus ruidos; se expandió la confusión. La palabra pública reveló temprano la fatiga ante la pérdida de su legitimidad. La TV reprodujo papeles desvaídos para malos actores. Y de nuevo, cuando nadie lo esperaba, se alzó de nuevo por segunda vez la misma voz.

Pidió la palabra el Presidente Caldera. En un discurso sucinto y ordenado, el ciudadano Rafael Caldera se atrevió a pensar por los que no podían ni querían hablar ya más. El silencio era la más elocuente verdad. Hizo tres observaciones sobre la técnica legislativa en torno al Decreto de Suspensión de Garantías, que inician su pensamiento para la ocasión. Las tres de importancia capital. Dos, sin embargo, se adueñan del sentido común.

Atreverse a cuestionar la tesis del magnicidio presentada por el Primer Magistrado de la República ha podido revelarse como una temeridad; fue un acto de valentía moral. Una apreciación adicional se puede añadir a la fuerza jurídica y moral de las consideraciones que hiciera el Presidente Caldera acerca de la justicia y legalidad de la acusación de magnicidio por su Juez y Parte: con un poder de fuego como el de los rebeldes, ¿qué hubiese quedado del Palacio, si el Terror hubiese sido el propósito de aquella voluntad? Por su parte, la tercera observación tuvo efecto predictivo inmediato: era preciso no excederse en el uso de la suspensión. La censura pretendió hacer del miedo la base para defender mal el miedo de un "liberalismo a medias". Olvidan los liberales a medias que la Libertad sólo se defiende con más Libertad.

Terminadas las observaciones al Decreto de Suspensión de Garantías, el Presidente ataca el fondo. Por primera vez en años un Orador desde el Congreso sintetiza las condiciones de posibilidad de nuestra Democracia. Enuncia su teoría de los cuatro factores de estabilidad institucional y el espíritu de los principios que los habría de animar: (i) nuestra Democracia se sostiene por una comprensión civilizada del concepto de enemistad política en función del interés común; (ii) por la lealtad profesional de las Fuerzas Armadas; (iii) por la conciencia social del empresariado; (iv) por el consentimiento popular. Uno a uno, todos los factores se han hecho pedazos.

La significación de este discurso se revela entonces profunda por su sencillez, pero, sobre todo, a nuestro entender, por algunas cosas decisivas. En primer lugar, porque dignifica un lugar privilegiado de la República. El Presidente salva su voto condenando sin equívocos el intento de fuerza, pero lo hace desde el Congreso, donde está y debe estar la sede de la voluntad

constituyente y constituida de esta Nación, no desde un Canal de Televisión. Escoger ese lugar para hablar y no otro significó decirle otra vez a la Nación dónde debe estar situada la sede de sus Poderes Públicos. En segundo lugar, el Presidente llamó al Congreso, a sus representantes, a ejercer sus responsabilidades, no a eludirlas. Pactar con la urgencia del miedo para rehusarse a la verdad fue la indolencia que el país vio en sus representantes. No vieron lo que toda la Nación observa con claridad. Los representados pensaron mejor que sus representantes. Que los representantes del Sujeto de la Nación, del Pueblo, sus Diputados y Senadores, no quisieron, no pudieron o no supieron pensar sino obedeciendo la voz urgida del Ejecutivo fue confesar que no entendieron la gravedad de su deber. Fue necesario que otro Presidente les recordara ese deber. En tercer lugar, el Orador describió la verdad de la República. Desde el 27 de febrero esta Sociedad se disuelve y su República se anarquiza. En política cuando no existe orden público, seguridad, condiciones básicas del liberalismo, cuando el régimen de sus principios y formas de gobierno se corrompen, aparece la necesidad de la fuerza para desgracia de la Libertad. Esconder el poder de esta verdad es esconder el poder de la Libertad.

El Congreso de la República, su Tribuna, su idea de representación, recobraron la dignidad de su lugar. La Sociedad Civil no ha perdido aún su República. La Democracia encuentra otra vez su decoro.

La Política recupera la dignidad de su oficio. La idea de servicio público halla de nuevo su vocación. El Presidente Rafael Caldera dijo lo necesario, dijo lo suficiente. La Nación en su urgencia ha oído bien. El pueblo ha sido interpretado en su deseo de Libertad. No hay "por ahora" que valga cuando se tiene a la rectitud como sentido del Deber.

En Democracia se es tanto más libre cuanto mejor se enrumben los deberes de Libertad. Las dificultades de la República en Democracia ponen a prueba al Político y a su vocación. Dos veces hemos oído a los políticos hablar y a la Política callar. El Presidente Caldera, Senador Vitalicio de Venezuela, el ciudadano Rafael Caldera, restituyó la idea de la Política a su vocación, su voz a la República. La Nación ha oído bien. Volverá a escuchar.

DISCURSO DEL DOCTOR RAFAEL CALDERA EN EL SENADO DE LA REPUBLICA EL DIA 1 DE MARZO DE 1989

Ciudadano Presidente del Senado

Ciudadanos Vicepresidentes

Honorables Senadores

La gravedad de la actual situación nacional, reconocida sin ambages por el Jefe del Estado en su alocución de ayer, me ha movido a solicitar de la Mesa Directiva del Senado autorización para usar esta alta tribuna que la Constitución ha puesto a disposición de los ex Presidentes de la

República, para desde aquí expresar sus puntos de vista y enviar su mensaje al país en los asuntos de extraordinaria importancia que así lo requieran.

Hemos vivido, estamos viviendo todavía, aun cuando afortunadamente en algunos aspectos parece amainar la intensidad de los hechos, una situación indudablemente grave y de una trascendencia enorme para el país. No vamos a negar que hechos como éste sirven de ocasión para que algunos sectores se aprovechen de la situación, ya sea por intereses ideológico-políticos, o ya sea por finalidades que rozan con lo delictual. Pero es indudable, y lo reconoció el propio Presidente de la República, que un sentimiento que se ha venido apoderando del ánimo de nuestras clases populares hizo explosión con motivo de la primera de las medidas del "paquete" anunciado, la referente al aumento de precio del combustible y de los precios del transporte.

Nos tiene que doler intensamente lo que ha ocurrido. Aunque he tenido que vivir a lo largo de mi existencia muchos azarosos momentos que han marcado la difícil vía de Venezuela hacia la democracia, tengo en mi espíritu como la mayor satisfacción el haber podido contribuir a llevar a la realidad el anhelo de pacificación que está siempre presente en el corazón de los venezolanos. Pareciera que esa paz lograda, que ha sido uno de los atributos fundamentales de nuestra democracia actual, está amenazada por una situación realmente difícil, dura e inquieta, en que no basta el ejercicio indispensable de la autoridad gubernamental y de los recursos que el poder público pone a su disposición, sino que tiene que haber un enfoque profundo y sincero de la realidad social que estamos viviendo.

NOS DUELE LO OCURRIDO

Por de pronto, nos duele que los hechos hayan producido pérdida de vidas venezolanas. Nos duele que se hayan cometido injusticias con modestos comerciantes, con pequeños industriales, con trabajadores que han padecido, como víctimas inocentes, los efectos de la situación.

Nos tiene que doler que las dificultades del transporte colectivo sean mayores, con la desaparición por incendio de numerosas unidades.

Tenemos que llevar nuestro mensaje a todo el país y especialmente a los jóvenes, a las nuevas generaciones, a los sectores populares, para que abandonen una posición de violencia, pero indudablemente que nuestro mensaje caería en el vacío, si no hiciéramos el esfuerzo de hacernos intérpretes de sus inquietudes y de sus motivaciones. No las motivaciones de los que quieren aprovechar pescando en río revuelto, sino las motivaciones de la gente que irreflexivamente, pero desbordando lo que tienen dentro de sí, han llegado a realizar hechos de violencia y saqueos que posiblemente no habían pasado por su imaginación.

Tenemos que darnos cuenta de que esta situación es grave. Por de pronto, el Gobierno Nacional tiene la obligación de recuperar la normalidad de la vida ciudadana, lo cual no solamente implica la protección de los almacenes, de los depósitos, de las farmacias, de los medios de comunicación, sino que supone de inmediato un esfuerzo muy grande, en el cual tenemos que ayudarlo todos, para restablecer el abastecimiento, que está en serio y grave peligro, en los artículos más esenciales para la vida de toda la población; y con ello remediar la necesidad que todos los habitantes de esta gran metrópoli, de las principales ciudades del país, tienen de vivir como seres humanos en una vida normal.

Creo que a los partidos políticos corresponden en este momento una responsabilidad y una obligación muy alta y también un papel sumamente importante: el de llegarle al pueblo para encauzar sus sentimientos hacia la actitud cívica, hacia la protesta ordenada, hacia la presencia dentro de los moldes de una Constitución y de unas leyes. Para esto es necesario que sientan la angustia de una hora difícil que está experimentando Venezuela. Es necesario para esto que el

pueblo invitado a militar en sus organizaciones políticas, para expresar sus inquietudes, sus dolores, sus anhelos, sus sufrimientos, sus necesidades, tenga también la idea de que las autoridades no son indiferentes ante sus reclamos; de que sus planteamientos se atienden y se oyen. Y temo mucho que actitudes dogmáticas, fáciles de adoptar en la teoría, pero difíciles de llevar a cabo en la realidad, mellen en el ánimo del pueblo para que deje la violencia y se encauce hacia la resistencia, hacia la protesta, hacia la presencia cívica, lo que no podría obtenerse si no se le transmitiera la sensación cabal de que su actitud, sus posiciones encuentran oídos, tienen acogida, logran eco en la conducta de las autoridades.

LO ECONOMICO Y LO SOCIAL

En estos días se ha hablado mucho de lo económico y de lo social. Y hay una tesis de algunos técnicos de que primero es la economía y después lo social. Yo creo que la economía y lo social son inseparables. Y de que es un error grave pretender dejar para más tarde que la gente coma, que la gente viva mejor, que la gente tenga mejores condiciones de existencia, para hacer una especie de ensayo, sobre el que algunos dicen: si no resulta, nos vamos todos. Cosa incierta. Porque no nos vamos a ir. Se irán los que puedan encontrar mayores facilidades de vida en otra parte. Se irán buenos inmigrantes que encontrarán que en Venezuela se acaba esa acogedora hospitalidad que los hizo hacer de este país su nueva patria. Se irán algunos cerebros que necesitamos para el desarrollo y a los que se les ofrecen en los medios científicos y financieros de países desarrollados, cláusulas, condiciones sumamente atractivas. Pero nosotros no. Los venezolanos de verdad, los que amamos a fondo esta patria, no nos vamos a ir. (Aplausos)

Vamos a enfrentar la situación. Pero enfrentar esta situación requiere el esfuerzo de todos. En los últimos días se ha estado presentando como un ejemplo que nuestro Gobierno debe seguir, el de la política adoptada por el Partido Socialista Obrero Español en el gobierno actual del Estado español. Han ignorado que España tiene unos indicadores económicos muy impresionantes, pero está en condiciones distintas, porque ha ingresado a la Comunidad Europea y esto plantea una situación completamente distinta. A pesar de ello, hace algunas semanas una huelga general fue tan determinante que el propio Presidente del Gobierno, señor Felipe González, reconoció que había sido un gran éxito de la oposición.

Esa huelga general la promovieron no sólo las Comisiones Obreras movidas por el Partido Comunista, sino la Unión General de Trabajadores que ha sido siempre la base fundamental del electorado del partido que está en el Gobierno. Y eso que en España hay una seguridad social bastante buena, excelente en comparación con la seguridad social en nuestro país, aunque los promotores de la huelga y la masa trabajadora consideran que necesita modificaciones y reajustes de acuerdo con las circunstancias que ha creado el aumento del costo de vida en aquel país.

LOS TECNICOS Y LOS POLITICOS

Pienso que los técnicos, realmente, tienen buena intención y tienen conocimientos. Pero si olvidan el análisis de la realidad social, están equivocados. No soy yo quien vaya a negar la buena intención y el coraje del Presidente Carlos Andrés Pérez para lanzarse por este camino que los técnicos le han aconsejado. Pero quisiera decir que el partido Acción Democrática, que tiene el componente político del actual gobierno, está obligado a analizar los hechos, sus repercusiones, la situación de un país que tiene un margen elevado de gente que no gana ni siquiera hasta el nivel de pobreza crítica que en cualquier país civilizado daría lugar a la seguridad social. Esta realidad está planteada. Considero que tenemos la obligación de hacerle frente.

Al Fondo Monetario Internacional no lo he calificado nunca como una banda de facinerosos ni he usado frente a sus componentes calificativos que involucren ofensa. Pero es un organismo

monetarista, que tiene una visión parcial de la situación, y que impone recetas que en definitiva no contemplan la amplitud del problema; que han demostrado lo impropio de sus resultados en más de un país y precisamente en este Continente latinoamericano.

El problema del precio del combustible es un problema hasta cierto punto artificial, y sorprende que se haya empezado la aplicación del "paquete de medidas" anunciadas precisamente por el punto más crítico, por la situación más explosiva en todos los países del mundo, porque el transporte colectivo para el trabajador significa un gravamen considerable sobre su presupuesto y hasta un obstáculo para llegar a su trabajo de donde deriva su sustento. Esta aplicación de las medidas, multiplicadas seguramente en parte por la usura y en parte por la realidad de que el costo de los vehículos y de los repuestos aumentan considerablemente con el anuncio de las medidas cambiarias, está agravada aun por el anuncio de que dentro de una año se va a duplicar. Es decir, que si se logra que en este año las cosas más o menos se normalicen y la gente más o menos acepte el costo social de las medidas, ya se está preparando para el próximo año una nueva provocación, una nueva situación en la cual sería muy difícil que no se produjeran hechos de tanta entidad como los que han ocurrido.

¿NO HAY MAS REMEDIO?

Los promotores o, por lo menos, los defensores más calificados del "Paquete de medidas del Ejecutivo", el argumento principal que nos dan es que de no hacerse esto la situación sería después más grave. No le dicen que esto es bueno ni que es conveniente, le dicen a uno simplemente que esto no hay más remedio que hacerlo. Y yo me pregunto si esta argumentación es realmente exacta. Porque en el fondo, según lo dijo el propio Presidente ayer, esto que él no quiere reconocer como una capitulación ante el Fondo Monetario Internacional, es la condición para recibir un "dinero fresco" que el Fondo y otros organismos y la propia banca acreedora nos puedan enviar, no en forma de regalo sino en forma de préstamo oneroso que vamos a tener que satisfacer más tarde.

Pero este dinero que se necesita quizás más que todo para mantener artificialmente un cierto tipo de cambio en cuanto al sistema monetario, no creo yo que sea exactamente lo que se necesita si se ven las cosas desde otro punto de vista.

Yo no acepto las tesis de que la industria petrolera está en decadencia ni ha declinado. Venezuela vivió con un petróleo vendido a dos dólares. No puede dejar de vivir con un petróleo vendido a catorce, a dieciséis, a dieciocho dólares. El problema, ¿dónde está? En dos aspectos:

Uno, en que el ingreso de divisas que el petróleo nos asegura —y que creo que el año pasado llegó a once mil millones de dólares— se utilice como debe ser: en las necesidades efectivas del país. Sin complacencia hacia los dilapidadores o hacia los aprovechadores. Sin corrupción, sino con mucha seriedad, con mucha responsabilidad, con mucho espíritu de justicia, abierto al juicio de los que pueden con toda rectitud verificar que se está manejando bien esa riqueza.

El otro, el problema de la deuda. Si no tuviéramos la obligación del servicio de la deuda en este momento, no digo yo que Venezuela estaría nadando en felicidad, pero su cambio internacional podría funcionar de una manera sana. Hay que insistir —y no se trata de un discurso aquí o allá—, se trata de plantear formalmente, ante los países acreedores, con la solidaridad comprometida de los gobiernos de América Latina, el que se abra un camino razonable y urgente para aliviar a estos países de esa terrible carga.

Pienso que desgraciadamente, los acontecimientos del lunes y de ayer pueden servir para que los Estados Unidos se den cuenta de lo absurdo de una política que no reconoce la urgencia, la gravedad de este problema, que puede echar por tierra —digámoslo con angustia, con dolor, la democracia en América Latina. (Muchos aplausos).

VENEZUELA, PAIS PILOTO

Venezuela ha sido una especie de país piloto. En este momento es lo que los norteamericanos llaman "show window", "el escaparate de la democracia en América Latina". Ese escaparate lo rompieron a puñetazos, a pedradas y a palos, los hambrientos de los barrios de Caracas a quienes se quiere someter a los moldes férreos que impone el Fondo Monetario Internacional, directa o indirectamente. (Muchos aplausos).

Yo quisiera que hubiera estado aquí antier el señor Baker, el Secretario de Estado del nuevo gobierno de Estados Unidos, que dicen que es un hombre duro y que nos quiere obligar a adoptar un sistema económico basado en principios liberales, que marchan bien donde hay otras realidades y otros sistemas. Estados Unidos es un país liberal pero un país que le da de comer a los que ganan menos de doce mil dólares anuales, a expensas de la sociedad. Aquí se nos vende la tesis de un liberalismo a medias, que quiere aplicar la libertad en los sectores que resultan favorecidos y deja que vean cómo hacen, a los sectores depauperados a los cuales se les ofrecen meras posibilidades compensatorias.

Se ha logrado un acuerdo entre Fedecámaras y la CTV. Me duele que este acuerdo no lo hubieran hecho antes de los disturbios del día lunes, porque hubiera tenido más valor. (Aplausos). Pero que no se diga que se está aumentando el salario de los trabajadores, que se están estableciendo compensaciones satisfactorias para ellos. Es apenas parte del daño sufrido el que se repone, porque la otra parte la sufren sus hogares, los hogares de los trabajadores. Si la merma del salario real llega a los índices que los propios técnicos reconocen, tenemos que admitir que lo que se les va a reponer es una parte de esa pérdida, pero que la otra la van a soportar ellos mismos; y lo que se les repone, en definitiva lo van a cubrir ellos mismos, porque se traduce en aumento de precios y los precios recaen sobre el consumidor y el consumidor es, principalmente, el trabajador.

CAMINOS PARA LA SOLUCION

Esta situación es, repito, indudablemente grave. Es indiscutiblemente difícil. Tenemos que abrir caminos para la solución. Por de pronto, se pide reflexión. Yo estoy convencido de que tenemos que pedirle reflexión al pueblo, reflexión a todos los sectores; tenemos que pedirle reflexión también al Gobierno.

El Gobierno debe estudiar estos hechos a fondo. Me recordaba la Senadora Pulido que en Francia, cuando aquellos grandes acontecimientos, que se llamó "el mes de mayo del General", se resolvió nombrar una gran Comisión por la Asamblea Nacional, para estudiar las causas y características de la violencia. Esto hay que hacerlo, pero hay algo más urgente, más inmediato. Yo creo que no sería conveniente que el Gobierno Nacional se encasillara en una posición y dijera que esto tenía que suceder pero que las medidas van adelante, sin ningún análisis de las modificaciones que se puedan hacer. (Aplausos).

En materia de gasolina, los argumentos confieso que no me han convencido. Desde hace años, algunos venimos preguntando por qué no se hace en serio un experimento con el gas natural, que se está derrochando y perdiendo en los yacimientos venezolanos, para que los autobuses y los taxis anden con sus bombonas de gas y la gasolina que se ahorre se pueda vender al precio internacional para mejorar las finanzas.

La idea del alza de los intereses la justifican algunos técnicos diciendo que tiene por objeto contraer la liquidez para que la gente tenga menos dinero para comprar dólares y se pueda equilibrar el mercado cambiario. Yo me pregunto si ese objetivo vale el sacrificio que significa para tanta gente, al ponerle el dinero inaccesible, porque el dinero con esos intereses tan altos

no lo pueden pedir prestado sino los que tengan negocios de usura, en los cuales puedan ganar por sus actividades porcentajes superiores al que le tienen que pagar a los bancos.

Esta situación reclama en verdad, análisis, estudio y consideración. Sostengo que esta reflexión es indispensable y que tenemos que dar el ejemplo. El ejemplo debe empezar a todos los niveles. Yo, por ejemplo, debo confesar aquí con toda sinceridad que me preocupa, me mortifica, me inquieta que el Congreso se vaya a encallejonar en una guerra a cuchillo entre Gobierno y Oposición. Creo que es necesario dar otro ejemplo: que es necesario que unos y otros estén dispuestos a buscar caminos para el entendimiento; pero esos caminos no se logran con posiciones unilaterales e irreductibles. Aquí hay gente con experiencia de la vida política y de la negociación bien inspirada, y que deben tener conciencia del momento tan difícil que está viviendo este país y del entorno que estamos viviendo en los países hermanos.

"CONCERTACION" Y DIALOGO

En un discurso que pronuncié el 23 de enero en Petare, con motivo de un nuevo aniversario de nuestra democracia, no oculté mis preocupaciones. Si hacemos un recorrido imaginario por todos los países de América Latina, nos angustiamos más y no podemos tener la ingenua idea de que Venezuela no será, en modo alguno, afectada por lo que pueda ocurrir. Tenemos el deber de abrir camino, tenemos el deber de hacer realidad eso que han dado ahora en llamar "concertación", que en realidad, fundamentalmente, reside en el diálogo. Pero no el diálogo después de que las posiciones están tomadas, sino el diálogo para tomar las posiciones.

En el primer período de gobierno, cuando era Presidente Rómulo Betancourt, muchas veces desde Miraflores teníamos que hablar ante la televisión los representantes políticos, los representantes empresariales, los representantes laborales, para llamar al pueblo a tener confianza y a desistir de la violencia; pero previamente nos habíamos puesto de acuerdo sobre las medidas que se iban a establecer; las discutíamos, las analizábamos, se modificaban a veces y cuando estábamos de acuerdo, nos era fácil defenderlas. Pero no es tan fácil que llamen a alguien a defender una posición sobre la cual ha manifestado dudas y en relación a la cual no se le ha dado la oportunidad de discutir.

Yo creo indispensable —como lo he dicho antes- la reflexión. Me parece que sería un error patriótico de la Oposición poner contra la pared a Acción Democrática. (Aplausos). Obligaría a defender a todo trance y como sea, medidas que pueden producir un daño irreversible. Yo creo que hay que darle la oportunidad a ese componente político, para que analice, estudie y haga sentir su juicio, porque son muy respetables y muy dignos de aplauso los técnicos que están en el Gabinete, pero alguien me decía (y esto lo expreso sin ninguna desconsideración para ellos) que si el asunto fracasa, ellos vuelven a sus cátedras en sus institutos, mientras que el daño lo va a sufrir la democracia venezolana, en la cual los partidos que tienen mayor representación popular son los que cargan mayor responsabilidad y tienen más que perder.

PRENDER LA LUZ DE LA RAZON

Pienso, pues, que es necesario hacer que se prenda la luz de la razón, que se abra un camino para la discusión constructiva. No se le puede pedir sacrificio al pueblo si no se da ejemplo de austeridad. La austeridad en el Gobierno, la austeridad en los sectores bien dotados es indispensable, porque decirle al pueblo que se apriete el cinturón mientras está viendo espectáculos de derroche, es casi una bofetada; la reacción es sumamente dura. (Aplausos).

Todos los dirigentes políticos democráticos en Venezuela hemos ratificado nuestra fe en el pueblo. El pueblo es el sujeto de la democracia, el sujeto de la vida política; pero pareciera que a medida que se institucionaliza el sistema, como que nos fuéramos alejando más de ese pueblo, del pueblo que siente, que vive, que se expresa de una manera impropia y a veces busca estas

formas de expresión que llegan a lindar con la barbarie pero al que hay que comprender.
Tenemos que restablecer esta comunicación.

En el primer período de la democracia, el pueblo trabajador, el pueblo sano, estaba por defender el sistema; sufría, pero sentía que ese sistema era su garantía, que ese sistema era su apoyo fundamental. No debemos dejar que esto se pierda. Estamos en peligro de perderlo y, ¡ay! cuando se pierde esa relación entre el pueblo y sus dirigentes ¡qué difícil es restablecerlo! Se abre el campo para los demagogos, para los ambiciosos, para los especuladores, que no llevan en el fondo una sana intención de beneficio nacional.

Yo creo que lo que está pasando ahora, que nos obliga a todos a ayudar al Gobierno Nacional, a restablecer el abastecimiento, a restablecer los servicios, a hacer sentir de nuevo a la comunidad que puede vivir una vida normal, no puede verse como un episodio aislado. Es un alerta, un grave alerta y tenemos que aprovechar ese alerta para orientar la vida del país. Para rescatar la fe de los jóvenes, para restablecer en ellos, que no sufrieron lo que otras generaciones sufrieron para conquistar la libertad, el amor a esa libertad, el respeto a los derechos humanos y a todo lo que esto representa en la vida de cada venezolano.

Si estamos conturbados y dolidos por lo que está ocurriendo, la conclusión que debemos sacar es que ello nos obliga más. Vamos a hacer un esfuerzo todos, Gobierno y Oposición, adecos, copeyanos, masistas, militantes de los otros partidos, empresarios, trabajadores; vamos a buscar y hacer verdad algo que decimos con mucha frecuencia, pero que cada uno está tratando de eludir; que cada uno asuma su cuota de sacrificio y que estemos listos para superar este momento tan delicado y sepamos, además, que no somos nosotros solos los que nos estamos jugando el porvenir.

Aquí están los amigos paraguayos, con quienes he tenido la oportunidad de departir, compartiendo su presencia valerosa contra la Dictadura allá en su propio país. Muchos países de América Latina tienen los ojos puestos en Venezuela. Sí Venezuela da un traspié, será muy grave para todo el Continente.

¡Vamos pues, a luchar, vamos a recuperar el optimismo!. Pero vamos a restablecerlo con el reconocimiento de la realidad. No vayamos a crear falsas mentiras. No creo que tenemos la obligación de aceptar como irrefutables e indiscutibles dogmas de organismos internacionales, que puedan estar bienintencionados dentro de su dirección, pero cuyos consejos, que muchas veces no son consejos sino condiciones para firmar Cartas de Intención y para darnos un poquito de dinero con el cual les paguemos sus intereses y podamos sobrevivir, sean el único camino que debemos seguir para superar los obstáculos e ir hacia delante para alcanzar el porvenir.

Creo que en este momento Venezuela espera mucho de su dirigencia política, de su dirigencia empresarial, de su dirigencia laboral. Vamos a hacer un esfuerzo, un noble esfuerzo y a establecer bases realmente sanas y sólidas, para que acontecimientos como los que estamos viviendo no se vuelvan a repetir.

Honorables senadores, muchas gracias. (Aplausos).

**DISCURSO DEL DOCTOR RAFAEL CALDERA EN LA SESION
CONJUNTA DEL CONGRESO
DE LA REPUBLICA, EL DIA 4 DE FEBRERO DE 1992**

Señor Presidente del Congreso

Señor Vicepresidente, Presidente de la Cámara de Diputados

Ciudadanos Senadores

Ciudadanos Diputados

He pedido la palabra, no con el objeto de referirme al Decreto de Suspensión de Garantías, aun cuando quiero hacer en torno a él tres breves consideraciones.

La primera, la de que el propio Decreto revela la gravedad de la situación que estamos viviendo, y aun cuando encuentro un defecto de redacción porque los Considerandos se refieren a hechos ocurridos y no a la situación actual y a los peligros que con la Suspensión de Garantías se tratan de enfrentar, se supone que es precisamente porque la situación del país es delicada; porque el sistema democrático, la normalidad y el orden público están corriendo peligro después de haber terminado el deplorable y doloroso incidente de la sublevación militar, es necesaria la medida tan extraordinaria de suspender a la población general el uso y ejercicio de las Garantías Constitucionales.

La segunda observación que quiero hacer, es la de que no estoy convencido de que el golpe felizmente frustrado hubiera tenido como propósito asesinar al Presidente de la República. Yo creo que una afirmación de esa naturaleza no podría hacerse sino con plena prueba del propósito de los sublevados. Bien porque hayan confesado y exista una confesión concordante de algunos de los comprometidos o algunos de los actores del tremendo y condenable incidente, o bien porque exista otra especie de plenas pruebas que difícilmente creo se puedan haber acumulado ya en el sumario que supuestamente debe haberse abierto por la Justicia Militar. Afirmar que el propósito de la sublevación fue asesinar al Presidente de la República, es muy grave; por lo demás, se me hace difícil entender que para realizar un asesinato, bien sea de un Jefe de Estado rodeado de todas las protecciones que su alta condición le da, haya necesidad de ocupar aeropuertos, de tomar bases militares, de sublevar divisiones; desde luego que hoy está demostrado que por más protección que tenga cualquier ciudadano, con el armamento existente en la actualidad y con los sistemas de comunicación, un asesinato es relativa y desgraciadamente fácil de cometer. El caso del Dictador Anastasio Somoza en el Paraguay, férreamente gobernado por el General Stroessner, con todas las protecciones que la condición de este depuesto gobernante suponía, indica que ninguna persona, por más protegida que esté, puede salvarse de un asesinato cuando se cuenta con los medios y la decisión de perpetrarlo.

Por eso, pues, yo me siento obligado en conciencia a expresar mi duda acerca de esta afirmación, y considero grave que el Ejecutivo en su Decreto de Suspensión de Garantías y el Congreso en el Acuerdo aprobatorio, hayan hecho tal afirmación, que además de ser conocida en el país, está dispuesta a difundirse en todos los países del exterior.

La tercera observación con respecto a la Suspensión de Garantías, se refiere al deseo que quiero expresar, en nombre del país, de que esas facultades se ejerzan con ponderación, con gran sentido de responsabilidad. Admitimos que el gobierno necesita en momentos de dificultad poderes extraordinarios, que no pueden someterse a las restricciones y términos que la Constitución establece; pero sabemos también por experiencia secular en Venezuela que estas facultades pueden convertirse en fuente de abusos, de excesos, de violaciones absolutamente

injustificadas, no sólo en lo relativo a la garantía de seguridad personal, al derecho de ser detenido sin fórmula de juicio, al allanamiento de los hogares, sino también a la muy delicada garantía de libertad de expresión del pensamiento, respecto a la cual abrigo la esperanza, y la quiero formular aquí y creo en eso representar el sentimiento público, de que se ejerza con toda la ponderación, con todo el sentido de respeto que una garantía tan fundamental tiene para el funcionamiento de la democracia.

UNA INMEDIATA Y URGENTE RECTIFICACION

Yo pedí la palabra para hablar hoy aquí antes de que se conociera el Decreto de Suspensión de Garantías, cuando esta Sesión Extraordinaria se convocó para conocer los graves hechos ocurridos en el día de hoy en Venezuela y realmente considero que esa gravedad nos obliga a todos, no sólo a una profunda reflexión sino a una inmediata y urgente rectificación.

Cuando aquí en el país y fuera de él he sido muchas veces preguntado, como seguramente lo habrán sido los Senadores y Diputados aquí presentes, acerca de las causas de la estabilidad democrática en Venezuela en momentos en que el sistema naufragaba en naciones de mejor tradición institucional que la nuestra, generalmente me referí a cuatro factores que para mí representaban una gran importancia.

Por una parte, a la inteligencia que existió en la dirigencia política de sepultar antagonismos y diferencias en aras al interés común de fortalecer el sistema democrático.

En segundo lugar, a la disposición lograda, a través de un proceso que no fue fácil de las Fuerzas Armadas para incorporarse plenamente al sistema y para ejercer una función netamente profesional.

Tercero, a la apertura que el movimiento empresarial demostró, cuando se inauguró el sistema democrático, para el progreso social, comprensión que tuvo para el reconocimiento de los legítimos derechos de la clase trabajadora.

Pero, en último término, el factor más importante fue la decisión del pueblo venezolano de jugárselo todo por la defensa de la libertad, por el sostenimiento de un sistema de garantías de derechos humanos, el ejercicio de las libertades públicas que tanto costó lograr a través de nuestra accidentada historia política.

Debo decir con honda preocupación que la situación que vivimos hace más de treinta años no es la misma de hoy. Por una parte, la inteligencia de la dirigencia política ha olvidado en muchas ocasiones esa preocupación fundamental de servir antes que todo al fortalecimiento de las instituciones. Por otra parte, el empresariado no ha dado las mismas manifestaciones de amplitud, de apertura, que caracterizaron su conducta en los años formativos de la democracia venezolana. En tercer lugar, porque las Fuerzas Armadas, que han sido ejemplares en su conducta profesional en las garantías de las instituciones, están comenzando a dar muestras de que se deteriora en muchos de sus integrantes la convicción de que por encima de todo, tiene que mantener una posición no deliberante, una posición obediente a las instituciones y a las autoridades legítimamente elegidas. Y cuarto, y esto es lo que más me preocupa y me duele, que no encuentro en el sentimiento popular la misma reacción entusiasta, decidida y fervorosa por la defensa de la democracia que caracterizó la conducta del pueblo en todos los dolorosos incidentes que hubo que atravesar después del 23 de enero de 1958.

Debemos reconocerlo, nos duele profundamente pero es la verdad: no hemos sentido en la clase popular, en el conjunto de venezolanos no políticos y hasta en los militantes de partidos políticos ese fervor, esa reacción entusiasta, inmediata, decidida, abnegada, dispuesta a todo frente a la

amenaza contra el orden constitucional. Y esto nos obliga a profundizar en la situación y en sus causas.

DEBEMOS DARLE UNA RESPUESTA AL PUEBLO

En estos momentos debemos darle una respuesta al pueblo y tengo la convicción de que no es la repetición de los mismos discursos que hace treinta años se pronunciaban cada vez que ocurría algún levantamiento y que vemos desfilar por las cámaras de la televisión, lo que responde a la inquietud, al sentimiento, a la preocupación popular. El país está esperando otro mensaje. Yo quisiera decirle en esta tribuna con toda responsabilidad al señor Presidente de la República que de él principalmente, aunque de todos también, depende la responsabilidad de afrontar de inmediato las rectificaciones profundas que el país está reclamando. Es difícil pedirle al pueblo que se inmoles por la libertad y por la democracia, cuando piensa que la libertad y la democracia no son capaces de darle de comer y de impedir el alza exorbitante en los costos de la subsistencia; cuando no ha sido capaz de poner un coto definitivo al morbo terrible de la corrupción, que a los ojos de todo el mundo está consumiendo todos los días la institucionalidad. Esta situación no se puede ocultar. El Golpe Militar es censurable y condenable en toda forma, pero sería ingenuo pensar que se trata solamente de una aventura de unos cuantos ambiciosos que por su cuenta se lanzaron precipitadamente y sin darse cuenta de aquello en que se estaban metiendo. Hay un entorno, hay un mar de fondo, hay una situación grave en el país y si esa situación no se enfrenta, el destino nos reserva muchas y muy graves preocupaciones.

Por eso he pedido la palabra para ejercerla en este elevado recinto. Transmitir desde aquí al señor Presidente de la República y a los dirigentes de la vida pública nacional, mi reclamo, mi petición, mi exigencia, mi ruego, en nombre del pueblo venezolano, de que se enfrente de inmediato el proceso de rectificaciones que todos los días se está reclamando y que está tomando carne todos los días en el corazón y en el sentimiento del pueblo.

Este es el motivo de la presente intervención y creo que era imposible que por un simple acuerdo de la Comisión de Mesa de que no se hablara para discutir el Decreto de Suspensión de Garantías, el Congreso se reuniera y le dijera al país que no ha hecho otra cosa sino darle paso al Decreto: un Acuerdo que se votó creo que tres o cuatro veces, y que se indicó votado por unanimidad. Yo aclaro que yo no lo voté, no porque no estuviera de acuerdo en el fondo con que se suspendieran las Garantías, sino por las reservas que expresé y, sobre todo, porque no considero justo el que se afirme de una manera tan absoluta, que el propósito de los culpables de la sublevación haya sido el asesinar al Presidente de la República.

EL PESO DE LA DEUDA EXTERNA

Por otra parte, quiero decir que esto que estamos enfrentando responde a una grave situación que está atravesando Venezuela. Yo quisiera que los señores Jefes de Estado de los países ricos que llamaron al Presidente Carlos Andrés Pérez para expresarle su solidaridad en defensa de la democracia entendieran que la democracia no puede existir si los pueblos no comen, si como lo dijo el Papa Juan Pablo II, "no se puede obligar a pagar las deudas a costa del hambre de los pueblos". De que esos señores entiendan que estas democracias de América Latina están requiriendo una revisión de la conducta que tienen frente al peso de la Deuda Externa, alocadamente contraída y en muchos casos no administrada propiamente, que nos está colocando en situaciones cuyo costo ha llegado a asustar a los propios dirigentes del Fondo Monetario Internacional y de los otros organismos financieros internacionales.

Yo quisiera, pues, desde aquí también, que pudiera llegar mi pedimento al Presidente Bush, al Presidente Mitterrand, al Presidente Felipe González, a los Jefes de los países del mundo desarrollado y ricos, para que se den cuenta de que lo que pasó en Venezuela puede pasar en

cualquiera de nuestros países porque tiene un fondo grave, un ambiente sin el cual los peores aventureros no se atreverían ni siquiera a intentar la ruptura del orden constitucional.

Esa situación tenemos nosotros que plantearla con toda decisión. Cuando ocurrieron los hechos del 27 y 28 de febrero del año de 1989, desde esta Tribuna yo observé que lo que iba a ocurrir podría ser muy grave. No pretendí hacer afirmaciones proféticas, pero estaba visto que las consecuencias de aquel paquete de medidas que produjo el primer estallido de aquellos terribles acontecimientos, no se iban a quedar allí, sino que iban a seguir horadando profundamente en la conciencia y en el porvenir de nuestro pueblo. Dije entonces en algún artículo que Venezuela era como la vitrina de exhibición de la democracia Latinoamericana. Esa vitrina la rompieron en febrero de 1989 los habitantes de los cerros de Caracas que bajaron enardecidos. Ahora, la han roto la culata de los fusiles y los instrumentos de agresión que manejaron los militares sublevados. Esto es necesario que se diga, que se afirme y que se haga un verdadero examen de conciencia. Estamos hablando mucho de reflexión, estamos haciendo muchos análisis, pero la verdad verdadera es que hemos progresado muy poco en enfrentar la situación y que no podemos nosotros afirmar en conciencia que la corrupción se ha detenido, sino que más bien íntimamente tenemos el sentir de que se está extendiendo progresivamente, que vemos con alarma que el costo de la vida se hace cada vez más difícil de satisfacer para grandes sectores de nuestra población, que los servicios públicos no funcionan y que se busca como una solución que muchos hemos señalado para criticarla, el de privatizarlos entregándolos sobre todo a manos extranjeras, porque nos consideramos incapaces de atenderlos. Que el orden público y la seguridad personal, a pesar de los esfuerzos que se anuncian tampoco encuentran un remedio efectivo. Aquí, en este mismo recinto se sientan honorables representantes del pueblo que han sido objeto no solamente de despojos, sino de vejámenes, por atracadores en sus propios hogares sin que se haya logrado la sanción de los atropellos de que han sido objeto.

Esto lo está viviendo el país. Y no es que yo diga que los militares que se alzaron hoy o que intentaron la sublevación que ya felizmente ha sido aplastada (por lo menos en sus aspectos fundamentales) se hayan levantado por eso, pero eso les ha servido de base, de motivo, de fundamento, o por lo menos de pretexto para realizar sus acciones.

Por eso termino mis palabras, rogándole al Presidente de la República que enfrente de lleno, en verdad y decididamente esta situación que, como dije antes, sirve de motivo, o por lo menos de pretexto para todos aquellos que quieren destrozarse, romper, desarticular el sistema democrático constitucional del que nos sentimos ufanos.

Muchas gracias, ciudadanos senadores, ciudadanos diputados. (Aplausos prolongados).

CALDERA

Manuel Alfredo Rodríguez

El discurso pronunciado por el Maestro Rafael Caldera el 4 de febrero, es un elevado testimonio de patriotismo y un diáfano manifiesto de venezolanidad y humanidad. Pocas veces en la historia de Venezuela un orador pudo decir, con tan pocas palabras, tantas cosas fundamentales y expresar, a través de su angustia, la congoja y las ansias de la patria ensangrentada. La espontaneidad de la breve y admirable oración se hizo patente en una sencillez que le da transparencia de manantial. El 4 de febrero Caldera se transfiguró en el Capitolio, y probó ser un auténtico repúblico con sentido de lo histórico y comprensión de lo permanente.

Yo escuché el discurso de Caldera en unión de un grupo de amigos corianos y todos a una nos fuimos sintiendo sobrecogidos, porque al unísono pensamos que la palabra de Venezuela fluía de los labios del ilustre orador. La veracidad de sus sentimientos traslucía en la claridad expresiva y en las inflexiones de una voz que los expresaba, valga la relativa arbitrariedad, con esa identidad del vocablo y el sonido que pudiera lograr en el "Lied" los grandes compositores austríacos y alemanes. Eso no se consigue por el solo hecho de tener talento y ser elocuente. Se necesita, además, que un poderoso mandato del espíritu vivifique las palabras y les confiera potencia taumatúrgica. Imagino que idéntica fuerza debió animar las sencillas palabras bolivarianas que en 1928 pronunciara en el Panteón Nacional, mi inolvidable amigo y Maestro Jóvito Villalba.

No desdeñó el maestro Caldera referirse a las dificultades de la hora presente; pero lo que realza el mérito de su oración parlamentaria es la valentía para aludir a los desafiantes problemas de fondo cuya permanencia afecta el destino nacional y para mirar hacia el porvenir sobre la base de afrontar y resolver esos desafíos. Ninguna inmediatez egoísta nubló su visión de Venezuela, pues, su palabra no tuvo condicionada por el temor a la pérdida de posibilidades personales. La piedra de toque de los hombres superiores es su capacidad para distinguir lo fundamental de lo accesorio y para sobreponerse a los dictados de lo menudo y contingente. Quien alcanza este estado de ánimo puede meter en su garganta la voz común, y mirar más allá del horizonte.

Uno se reconcilia con la política cuando advierte que su ejercicio puede producir manifestaciones como el discurso calderista del 4 de febrero de 1992. Al percibir las se siente que puede contrapesar y hasta doblegar el imperio de la ignorancia, la mediocridad y la sordidez. Y se advierte también que la juventud del espíritu es una fuente de energía creadora, cuya capacidad de contagio puede y debe ejercer una influencia benéfica por estimulante y positiva.

Nunca había alabado públicamente a Rafael Caldera, aunque siempre he tenido a honra el haber sido su discípulo en nuestra materna Universidad Central. Nunca he sido lisonjero o adulador y hasta hoy sólo había loado a políticos muertos que no producen ganancias burocráticas ni de ninguna otra naturaleza. Pero me sentiría miserablemente mezquino, si ahora no escribiera lo que escribo, y si no le diera gracias al Maestro por haber reforzado mi fe en la inmanencia de Venezuela.